

LA INTERDISCIPLINARIEDAD EN LA HISTORIA

Natalia Tielve García

Profesora de Historia del Arte en la Universidad de Oviedo.

Es por todos aceptado que vivimos en una *era de la información* que presenta como nota diferenciadora la presencia de un volumen de noticias en circulación jamás alcanzado en la historia, difundidas a través de unas redes de distribución progresivamente sofisticadas -satélite, fibra óptica, fax-. En estas arenas movedizas, tomando conciencia previa del inestable suelo sobre el que pisamos, la problemática se vigoriza. El historiador tropieza con crecientes dificultades para estudiar de un modo útil e inteligible el devenir de una sociedad que se va haciendo más diversa y compleja, en permanente reordenación y redefinición. La historia es la realidad inmediata en un mundo íntegramente mediatizado en el cual los medios de comunicación han borrado la diferencia entre el viejo mundo del conocimiento y el nuevo mundo de la información, archivable y almacenable como el otro, susceptible de ser reconstruido, pero con la diferencia de que la visión en perspectiva que lleva a verificar y a confrontar es más limitada.

La revolución de las telecomunicaciones ha cambiado y cambia los procesos de obtención, recuperación, transmisión y almacenamiento de la información; la tecnología multimedia introduce una nueva concepción en las formas de comunicación en la ruta de la autopista virtual, con las ventajas y peligros que ello conlleva¹. Ante este panorama, al historiador le queda el difícil reto de abordar nuevos asuntos de trabajo e incorporar tareas y procedimientos, desde perspectivas transdisciplinares, hasta ahora poco presentes en los estudios humanísticos, adaptados a las nuevas exigencias de nuestro tiempo². Se trata, como es obvio, de circunstancias que se necesita tener en cuenta, que suscitan un cambio en la forma de operar, aunque ello no implique una modificación en la función del historiador que, al fin y al cabo, es la de hacer Historia con la responsabilidad asumida de hacer llegar a la sociedad tan cerca de la *verdad* como sea posible. Esta veracidad va más allá de la mera transmisión de datos; éstos deben ser esclarecidos y contextualizados con rigor, traspasando la superficie plana de los hechos, sin caer en el posibilismo o la adivinación.

La historia, en tanto que disciplina considerada en relación con el marco de las ciencias humanas y experimentales, se encuentra sometida a un intenso proceso de cambio y se plantea como reto el acabar con la brecha que ha venido separando esos dos ámbitos del saber, superando con ello la tradicional concepción de disciplina cerrada para alcanzar una síntesis entre humanismo, ciencia y tecnología. Es necesario plantear las tareas de investigación como trabajos experimentales, ensayísticos, de laboratorio, edificados sobre unos pilares teóricos y metodológicos que vayan perfeccionándose gradualmente, con una paulatina reflexión sobre los problemas que vayan siendo planteados y aportando, finalmente, propuestas interactuadas.

Las herramientas empleadas para estudiar el pasado no son valederas para el análisis de los tiempos actuales ante la fugacidad y la vertiginosa producción y consumo de noticias. Las tecnologías

¹ Muy ilustrativas son las reflexiones del periodista Javier Valenzuela en torno a la revolución que supone esta nueva fuente de cultura, ciencia y tecnología, cuando señala “la posibilidad de piratear descubrimientos ajenos, de violar la intimidad de las personas mediante el control de sus datos o la grabación de sus conversaciones son también posibilidades de los nuevos medios de comunicación. También es la conversión de la información periodística en espectáculo. Sobre todo ello hay que reflexionar seriamente. Quizás el futuro sea el de una multitud de nómadas bien pertrechados tecnológicamente y viajando a sus anchas por un planeta convertido en causa común de la humanidad”, en *El País World Media*, 9 de marzo de 1995.

² Sobre una Historia del mundo actual ver CUESTA, J. (1993): *Historia del presente*, Madrid, Eudema, pp. 9 y ss.

de la comunicación y de la información vienen produciendo un cambio trascendental en la aprehensión que el ciudadano tiene del mundo, de su entorno próximo y lejano. En el momento presente, la noticia es el suceso y su valor se mide en virtud de su recepción: la mirada pública valoriza, fija la escala de la significación de las cosas. Los medios pueden crear y tergiversar noticias, omitir y silenciar, fundar prestigios y destruirlos y todo ello en arreglo al relieve con el que se aborda cada hecho, al lugar que éste ocupe en el noticiario o en la página, a la adjetivación y a todas las demás circunstancias semióticas y semánticas que infunden significación.

El periodista levanta y baja a su voluntad el telón sobre el acontecimiento, cuando el momento y la escena le conviene. Arrastra, rapta, seduce al público personalizando la información, haciendo la crónica del tiempo que pasa. Nos habla del mundo y de los hombres pero de una manera filtrada, mediatizada por un punto de vista, por una subjetividad cuadrante que le brinda la posibilidad de acercar lo lejano y alejar lo cercano. Nos ofrece las penas y las alegrías de cada día, jerarquizando los acontecimientos, los personajes *en alza* y *en baja*, uniendo lo edificante al episodio de la vida real. Nos permite visitar distintos lugares aunque esos espacios sólo sean seleccionados las más de las veces en caso de tragedias, guerras o catástrofes naturales. De tal modo, se ha desarrollado en las últimas décadas una escalada de los procesos temporales, una reducción histórica de las duraciones, un centelleo de noticias que llegan a través del mercado de la información³, donde los acontecimientos -crisis económicas, conflictos bélicos, descubrimientos científicos, avances tecnológicos- se desarrollan vertiginosamente ante nuestros ojos.

Es la cultura de masas⁴, del fragmento, del detalle, de la instantaneidad, de la descomposición, de la desintegración puntillista de la información, de la desarticulación de los hechos. La realidad del acontecimiento tiene como criterio objetivo el advenimiento de su huella. La *actualidad* presenta como característica más significativa la contracción temporal: el tiempo en el que el suceso ocurre, el tiempo de su relación y, el tiempo de su difusión. Esa contracción lleva consigo el *fabricar* el suceso mismo de un modo prácticamente paralelo a su información, con lo que es casi la información la que produce el suceso y no a la inversa. De tal modo, el suceso no es tanto el hecho en sí mismo, sino el hecho en tanto que es conocido y divulgado. Al propio tiempo, la ingente cantidad de información que nos es suministrada no tiene su equiparación en el terreno cualitativo. Antes que de calidad, hemos de hablar en términos de superficialidad, de ausencia de globalización y de problemática multicausal y de presencia, en cambio, de una simplificación y parcialización en la visión y presentación de los hechos.

Las grandes agencias de noticias son las encargadas de asegurar el intercambio informativo mundial, esto es, son las responsables preferentes de recoger, elaborar y distribuir la información internacional en los distintos países, avanzando hacia la provisión de servicios multimedia e información interactiva. De ahí que nos encontremos en una sociedad desbordada por el imperio de una cultura visual y auditiva en la que asistimos a la crisis de los medios impresos. Ante la difícil competencia con los medios electrónicos y audiovisuales se reducen espacios y se cierran periódicos en perjuicio de la pluralidad informativa. Y ello a pesar de la debilidad fundamental que presentan los informativos de radio y televisión donde los mensajes se suceden con una rapidez que impide retenerlos: la aceleración del ritmo se traduce en la anulación de las informaciones que trae consigo

³ En esta línea se pronuncia J. R. Vilamar cuando afirma “los cambios son cada vez más vertiginosos y las eras se hacen mucho más cortas. Conseguir algo tan elemental como las herramientas de piedra se tardó miles de años. La era del metal, en cambio, fue mucho más corta. La imprenta, que en su nacimiento fue considerada obra divina, ya ha muerto. Las máquinas de vapor cambiaron el modo de vida de la gente de todo un mundo en menos de un siglo. La Revolución Industrial apenas duró un soplo comparada con las anteriores y la Era Electrónica, menos que un suspiro al acortar el período de cambio universal profundo a una década; y, por último, todo parece indicar que las revoluciones de las computadoras van a sobrevenir cada 4 ó 5 años”. En VILAMOR, J.R. (1997): *Nuevo periodismo para el nuevo milenio*. Olalla, Madrid, p.16.

⁴ La de cultura de masas, en palabras de Umberto Eco, se convierte en una definición de índole antropológica apta para indicar un contexto histórico preciso, aquel en el que vivimos, en el que todos los fenómenos de comunicación, desde las propuestas de diversión evasiva hasta las llamadas a la interioridad, aparecen dialécticamente conexos, recibiendo cada uno del contexto una calificación que no permite ya reducirlos a fenómenos análogos surgidos en otros períodos históricos. En ECO, U. (1995): *Apocalípticos e Integrados*. Tusquets, Barcelona, p. 34.

una percepción superficial y fragmentada de la realidad. De tal modo, en el contexto periodístico, aunque en principio la información debería fundamentarse en la investigación -lo que por lo general tan sólo encontramos en la labor de aquellos especialistas que basan su producción en el análisis y la contextualización de las noticias-, gran parte de la información que nos es suministrada carece de un tratamiento serio y riguroso.

En la oleada de la actualidad, siempre en movimiento, continuamente renovada pero en la que no hay causalidad lineal, sino un curso general lleno de recovecos asistimos a una hiperinformación que paradójicamente nos hace correr el riesgo de caer en la desinformación. Detrás de cada noticia, hay todo un trabajo de presentación, toda una serie de intereses y a veces de azares. Se escoge un país, un acontecimiento, el fin de una frase en lugar de otro -al tiempo que se produce la anulación social de lo que se ha decidido no mostrar- a pesar de ese supuesto rótulo de la *objetividad periodística*. Ahí está la mistificación; ninguna mirada es objetiva: siempre hay mediaciones psicológicas, ideológicas, políticas... Bajo la premisa de “el público es nuestro único juez”, la información se somete a las leyes de la oferta y la demanda. En consecuencia, será objeto de la información lo que tiene un mercado⁵. La parcialidad de los medios se traduce en la puesta sobre el tapete de una realidad fragmentada, desarticulada y acelerada, a modo de un puzzle enigmático que continuamente se descompone y se recompone en virtud de las necesidades y los apremios del momento, en función de los intereses y la espectacularidad de las noticias, seleccionadas a fin de indicarnos sobre qué aspectos debemos preocuparnos y opinar, lo que ha llevado a la falacia de definir todo acontecimiento como “histórico”.

El espectador se ve atrapado ante la espectacularización de la realidad y su propia ininteligibilidad que es a lo que lleva la concurrencia desenfrenada de los medios. El caudal de información permanente, desordenada, pletórica y aleatoria invita a permanecer en la superficie de las cosas en tanto que el ciudadano es impresionado casi al azar por los hechos diversos que sobre él actúan. La escasa variedad informativa apenas tiene en consideración la heterogeneidad del público y por consiguiente la diversificación de la demanda. La propia naturaleza y dinámica de los medios provoca en buen grado una incapacidad y hasta inteligibilidad para asimilar e flujo masivo de información que suministran sobre la realidad que nos envuelve. Implica la dificultad para establecer una jerarquía en la interpretación y significación de los acontecimientos, así como para reflexionar y perfilar unos criterios propios de valor, que den lugar a la posibilidad de obtener una imagen global, abierta y reelaborada de lo sucedido -impidiendo, por tanto, una actividad interaccionada entre público e información-.

Los medios incrementan un proceso según el cual cada día hay más información, más rápidamente facilitada, pero donde el receptor entiende cada vez menos, manejando multitud de datos y creyendo, paradójicamente, saber más. Antes que contribuir a la sociabilidad del individuo, le vuelven sobre sí mismo, reemplazando las relaciones con los seres que le rodean por la relación con los medios a través del “muro de las comunicaciones”⁶. El peligroso resultado es la formación de un público inepto para la flexión temporal, de seres inmersos en su tiempo, sensibles a los valores locales y a la proximidad pero carentes de memoria y de reserva interior frente al acontecimiento; individuos poco dados a la preparación meticulosa de los compromisos del mañana.

⁵ Furio Colombo subraya como el nacimiento de las noticias es muchas veces interesado e incluso en ocasiones se encuentra preparado por sus propios protagonistas con la intencionalidad de promocionarse en los medios. Ver COLOMBO, F. (1997): *Ultimas noticias sobre el periodismo*. Anagrama, Barcelona, p. 74.

⁶ A. Moles y E. Rohmer subrayan el aislamiento o atomización que se produce entre los individuos ante la influencia de los medios: el ciudadano se ve aislado dentro de su “casarón” -su apartamento, su casa- “bajo la forma de un nudo cibernético establecido entre los mensajes que la *Umwelt* envía al individuo y las acciones y teleacciones que ese individuo ejerce, en reciprocidad, sobre la interfase que constituye una parte de su esfera privada. Es la simetría que existe desde un principio entre las dos ramas de ese nudo (en la cual sólo lo correspondiente a los mensajes ha sido explorado por la teoría de la información) la que propone las vías heurísticas para una teoría de la acción más o menos calcada de la teoría de los mensajes”. En MOLES, A. y ROHMER, E. (1983): *Teoría estructural de la comunicación y sociedad*. Trillas, México, p. 174.

Entender la época en la que vivimos implica reconocer los cambios y comprenderlos. La materia historiable está hoy contenida y reproducida en su mayor parte -aunque no toda, bien es cierto- en los medios de comunicación, ellos mismos configuradores de la realidad habida cuenta su capacidad para influir sutilmente en las pautas de comportamiento, en los esquemas sociales y en las percepciones e interpretaciones que podemos hacer de nuestro entorno, sobrestimando unos temas, personajes y escenarios sobre otros⁷.

El modelo de sociedad actual exige, por consiguiente, un esquema de conocimiento aplicable a la realidad, pragmático y operativo en aras de suministrar explicaciones a la cadena de episodios de distinto tipo y carácter que día a día nos llegan a través de los medios. Se trata de aportar legibilidad a las decisiones y prácticas en el ámbito político y socioeconómico; de formar argumentaciones en torno a la irrupción y el desarrollo de los hechos; de contribuir a la comprensión del contexto comunicativo e icónico y de proyectar todos estos conocimientos sobre el futuro. La flexibilización, la investigación comparativa y el diálogo interdisciplinar supone una superación de la clásica rigidez científica; superación en la que los límites de las ciencias se esfuman y ya no pueden ser adscritos como pertenecientes a una parcela específica del saber..

Es sobre todo el método de los medios y especialmente de la prensa escrita el que conduce a una transformación significativa en las argumentaciones hasta ahora tradicionalmente reconocibles en el terreno de la historiografía; modificaciones que responden a un deseo de ajustar las categorías a los mecanismos del mercado o a la política editorial del medio. La misma agilidad de nuestro tiempo debe contagiar al trabajo del historiador⁸; la prontitud y diligencia le obligan a recurrir a fuentes múltiples, algunas de las cuales hasta el momento no suficientemente valoradas, como Estadísticas, boletines, revistas, Anuarios y todo un compendio de publicaciones periódicas de diverso cariz.

Nuevas fuentes documentales⁹ que se alejan del, en nuestra opinión, ya caduco modelo de historiador-buceador de documentación archivística clásica -desde los documentos públicos, a las cartas, la literatura, el material hemerográfico- que podemos clasificar en atención a tres categorías fundamentales: orales, materiales y audiovisuales¹⁰. Material oral, en primer término, rastreable en amplios colectivos humanos que no generan por sí mismos documentación de ser recogida en los archivos -manifestaciones recogidas tanto en los ámbitos rurales como urbanos y preferentemente entre las capas sociales más desfavorecidas. En un segundo nivel, las fuentes materiales que constituyen el testimonio físico de cada sociedad -desde equipamientos y maquinaria, hasta instalaciones fabriles, pasando por todo un sin fin de elementos que abarcan el ancho mundo de la que conocemos como Arqueología Industrial-. Y, en tercer lugar, las fuentes audiovisuales, desde el arte y la fotografía hasta el cine, el video, la televisión -que en su surgimiento era despreciada por la intelectualidad y hoy, no sabemos si para bien o para mal, se revela como una de las principales herramientas para la transmisión de ideas culturales y sociopolíticas-, y las redes de información.

El rastreo de estas fuentes¹¹ ha de responder a una búsqueda de mayor eficacia, a un rigor de planteamientos y, obviamente, a una reflexión crítica sobre la misma, sin ningún deseo de sofisticación

⁷ “Los medios de comunicación de masas son mucho más que instrumentos que transmiten y distribuyen los acontecimientos, son instituciones generadoras de discursos sociales”, en GONZALEZ REQUENA, J. (1989): *El espectáculo informativo o la amenaza de lo real*. Akal, Madrid, p. 13.

⁸ Ver CARDOSO, C. (1989): *Introducción al trabajo de investigación histórica*. Crítica, Barcelona, p. 176.

⁹ Todo documento, ya sea de naturaleza sonora, visual, escrita o material, implica conservación y disponibilidad, esto es, capacidad de ser emisible a través del tiempo y, en consecuencia, de ser archivable y transferible a todo lugar al grado de los deseos cada vez menos retenidos por la limitación de la distancia o la calidad de la imagen.

¹⁰ No se trata de olvidar ni tampoco de arrinconar a las acostumbradas fuentes históricas, ni tampoco de una compulsiva persecución de nuevos avances, sino de contribuir a una readaptación de las fuentes *clásicas* en términos de dinamismo y congruencia con el presente, que permita compatibilizar la innovación con la remodelación y el ajuste de los métodos tradicionales.

¹¹ Es conveniente tener presente que los centros de documentación contemporáneos contemplan una amplia diversidad que depende de la naturaleza del documento: escrita -bibliotecas, hemerotecas, archivos públicos y privados-, sonidos

o de seguir una moda o afán efectista. En este sentido, ante el peligro de naufragio en el océano de este ingente corpus documental, es inexcusable la puesta en marcha de un método que permita la clasificación y sistematización de la información, complementado con técnicas de análisis cualitativo y cuantitativo en las cuales la labor crítica resulta imprescindible a la hora de procesar los datos y hacerlos significativos; una labor de indexación de los documentos que permita tener en cuenta de forma analítica su conjunto estructurado.

El vertiginoso ritmo de la información puede y debe ser compaginado con la investigación pausada y seria, liberándose de la fascinación del presente para recuperar el orden de las causas, para poder mirar detrás y trascender la media visión del mundo. El historiador, ha de plantearse abordar los mecanismos sociales que están detrás de la censura en los medios, así como sus efectos; en el fenómeno de la desinformación y el grado de distorsión de la realidad -buceando tanto en el surgimiento de las noticias, como en su procedencia, dosificación, ritmo divulgativo y pérdida de interés-; en la circulación circular de la información; en los criterios de selección y estimación de los sucesos, del mismo modo que en su ubicación en la cadena informativa; en la descontextualización de los acontecimientos y la tendencia a la espectacularización; en la existencia de redes supranacionales de comunicaciones y en las secuencias en las que los contenidos aparecen en los distintos medios.

La puesta en marcha de nuevas premisas de trabajo han de considerar adecuadamente sus fundamentos y principios como forma de acercamiento mucho más preciso a las realidades vivas¹², en tanto que los comportamientos sociales recientes se mueven ya más que en sus manifestaciones de grupos y de relaciones de clases, en términos de principios como el multicultural, el informacional, el de entrelazamiento generacional, de conciencia colectiva viva¹³; dando lugar como resultado a una reflexión histórica deseuropeizada y que acabe con el etnocentrismo. La novedad que presentan los recientes acontecimientos estriba en su falta de respuesta a las hipótesis de trabajo habituales; los protagonistas son muchas veces distintos a los acostumbrados, con nuevas formas de organización y de acción y, sobre todo, con inquietudes, aspiraciones y demandas que, en principio, se distancian de las barajadas en un pasado no tan lejano¹⁴. Unas transformaciones socioculturales cuyas proporciones hubiesen sin lugar a dudas resultado increíbles para el ciudadano de comienzos de siglo, unas veces causa y otras consecuencia de los cambios socioeconómicos y políticos de las últimas décadas: la globalización de los mercados productores y financieros, la modificación en los hábitos sociales, el resquebrajamiento de los valores y la crisis de las conciencias, el desarrollo de los nacionalismos o, particularmente, la significación de los movimientos transmigratorios.

Hoy, el discurso histórico ha de estar apoyado sobre pautas metodológicas renovadoras, emparentadas con los terrenos de la Sociología, de la Politología, de los analistas y comunitólogos, en una conexión estrecha con los media y las tecnologías de la información no impresa en espectacular expansión -soportes digitales, telemáticos, magneto-ópticos-. Elementos visuales que se alzan por encima de los tradicionales medios textuales replanteando y cuestionando todo lo relacionado con la información en la medida en que sus múltiples posibilidades -impensables no hace tantos años- permiten concentrar en ellos toda la información generada a partir de los procedimientos

-discotecas, fonotecas-, imágenes fijas -iconotecas, pinacotecas, fototecas-, imágenes inanimadas -filmotecas, cenotecas- y multimedia, en ligazón a los cada vez más renovados sistemas informáticos en red.

¹² El profesor Antonio R. de las Heras ha incidido en la necesidad de que la Historia del Tiempo Presente, ante la percepción "caleidoscópica" que tenemos de nuestro mundo, debe levantarse sobre los principios de la memoria, esto es, registrar, seleccionar, actualizar y acceder. Todo ello apostando por "un intenso ejercicio teórico, explotando las posibilidades de escritura y acceso a las fuentes proporcionadas por las tecnologías de la información y de la comunicación; transdisciplinaria y no sólo interdisciplinaria; planetaria, es decir, teniendo como objeto de estudio los temas que afectan globalmente a esa esfera azul que acaba de despuntar en el horizonte por obra y gracia de las comunicaciones". En "Principios de Historia del Tiempo Presente, en DIAZ BARRADO, M. P. (Coord.) (1998): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. ICE, Universidad de Extremadura, Salamanca.

¹³ Al hablar de realidades sociales recientes seguimos la designación propuesta por el profesor Julio Arostegui en "La historia reciente o el acceso histórico a realidades sociales actuales", en RODRIGUEZ FRUTOS, J. (Ed) (1989): *Enseñar historia. Nuevas Propuestas*, Laia, Barcelona.

¹⁴ Pensemos, por ejemplo, en las manifestaciones cada vez más importantes en la reivindicación ecologista, en el movimiento okupa o en el terreno de la solidaridad internacional de las ONG.

convencionales. En lo que comporta a la comunicación multimedia, los contenidos se reparten de diversas formas, según múltiples canales, y a través de numerosas vías de la sensibilidad y eventualmente, de varias maneras para utilizar los mismos signos sensoriales -imagen y texto, música y palabras-: visión y audición -soportes tradicionales a través de los cuales nos ha llegado la gran totalidad de nuestros mensajes-, pero también los sentidos del tacto y del olfato que están entrando paulatinamente en el universo de las telecomunicaciones a medida que avanzan las investigaciones en los principales laboratorios de comunicación del mundo -el cine táctil (sensorround), la sensación de tocar a distancia a partir de la imagen de telesensores-.

Los medios se revelan así como armas comunicativas del historiador, participantes, en consecuencia, en la recreación de los discursos; de modo especialmente significativo los soportes informáticos, susceptibles de dar cabida a una información no estructurada de forma lineal, sino interactiva, posibilitando el seguimiento de diversos itinerarios, así como la reconstrucción de los hechos en toda su complejidad. El fruto es una historia problemática, con interrogantes permanentemente abiertos, basada en fuentes directas y en el trabajo con los testigos y los actores de la contemporaneidad. Una historia tamizada por el análisis de los hechos en la *perspectiva* de su duración que, lejos de mostrar un relato construido y acabado, ha de proporcionar un relato vivo, directo, *en caliente*, inmediato, filtrado a través de una reflexión crítica sobre el tiempo y su acción.

Es la perspectiva la que permite al historiador comprender los procesos que han determinado la situación presente, diseccionando e inscribiendo los acontecimientos dentro de estructuras, con mayor amplitud espacial y temporal, en continua transformación, convirtiendo al acontecimiento en objeto de ciencia a instancias del pasado y haciéndolo entrar en el ámbito de lo reconstruible: los acontecimientos no sólo quedan registrados y almacenados, sino que son además dotados de una significación. En la reconstrucción de los hechos, el historiador, al contrario que el periodista, no precisa someterse a la cotidiana sanción del mercado, a la tiranía de los índices de audiencia -a pesar de que hoy son muchos los profesionales de la historia que se han visto seducidos por el potencial divulgativo de los medios, desde el mercado editorial a las emisiones radiofónicas y televisivas-. Puede y debe escaparse de la urgencia y la premura para detenerse en la reflexión y en la percepción *aislada* de los hechos a fin de descifrarlos y de interpretarlos con las claves que forman parte de su bagaje metodológico, con un sistema de referencias -insistimos en la transdisciplinariedad- pero también con un cuestionamiento sobre la relatividad de los fenómenos.

Con todo, estamos viendo como la revolucionaria modificación que se ha producido en lo que comporta a la labor y los principios sobre los que la ciencia se había venido asentando, no puede menos que afectar a la reflexión histórica. Nos referimos al resquebrajamiento de los conceptos físicos absolutos de tiempo, masa, velocidad y trayectoria, de la mano del relativismo, de la teoría cuántica o de la termodinámica de los sistemas complejos. El avance hacia la irreversibilidad, hacia el indeterminismo y el subjetivismo no hace sino que aproximar las ciencias experimentales a las sociales, en la medida en que éstas se han visto tradicionalmente denostadas por su falta de objetividad y verificabilidad. La introducción de estos conceptos abre una nueva vía de investigación que permite ir desentramando gradualmente los múltiples elementos que confluyen en la causalidad de cada hecho.

Como conclusión, señalaremos que el historiador hoy se ve obligado a trabajar sobre una recreación de la realidad llevada a cabo por los medios, aspecto que siempre debe tener presente a la hora de plantearse la reconstrucción de los hechos. En su labor, le resulta imprescindible recurrir y combinar los múltiples elementos de apoyo de los que se sirven los distintos profesionales en el campo de las ciencias experimentales, de la tecnología, de la politología, de la economía, por citar algunos, y hacerlos dialogar. La historia ha de apostar por nuevo discurso que busque la complementareidad y que se sustente sobre la nueva concepción científica que invade los campos de las ciencias naturales reivindicando la subjetividad y el relativismo frente a la objetividad y la verdad absoluta; que hace uso de la probabilidad y la estadística antes que del universalismo y del determinismo; que se inclina por la provisionalidad frente a la exactitud, aún sin renunciar al rigor y la racionalidad.